

Diego de Silva Velázquez

(1599-1660):
Maestro español del Barroco



Jesús María del Rincón

Artista, Pintor y Retratista
bicubicart@gmail.com

Sentado a la sombra de un frondoso árbol, me encontraba observando la forma caprichosa de las nubes, cuando me pareció ver en una de ellas la silueta de la Infanta Margarita, la de *Las meninas* del pintor Diego Velázquez. Casi al instante sentí una presencia a mi diestra, la del propio Velázquez, quien me habló de esta manera: “No, no está soñando; está viendo la proyección mental de una de *Las Meninas*, mi mejor pintura”.

Del Rincón: Maestro, su genialidad es incomparable.

Diego Velázquez: Me adula usted.

Del Rincón: Ni un ápice. Conozco bien su obra y me gustaría preguntarle dónde y con quién se formó.

Diego Velázquez: Nací en Sevilla en 1599. A los 12 años entré al taller de Francisco de Herrera el Viejo, de muy mal carácter por cierto; más tarde, me formé con Francisco Pacheco, quien llegó a ser mi suegro.

Del Rincón: Bodegones, retratos, escenas religiosas, históricas... ¿Qué no pintó usted?

Diego Velázquez: El aire del Barroco permeaba las artes y mi obsesión era conquistar la realidad para plasmarla en mis lienzos, captando las calidades de los objetos, brillos y texturas. *El aguador de Sevilla* o *Vieja friendo huevos* son prueba de ello. De resultas fui nombrado pintor de cámara del rey Felipe IV.

Del Rincón: Hábleme de su primer viaje a Italia.

Diego Velázquez: Había conocido a Rubens en Madrid, el cual me sugirió incorporar el humanismo y la mitología a mi pintura, animándome a viajar a Italia, cosa que hice en 1623.

Del Rincón: Además de reyes, pintó a bufones y gente común ¿Por qué?

Diego Velázquez: De los italianos aprendí a apreciar la belleza intrínseca de lo vulgar y así descubrí la singularidad de personajes con características físicas anormales, como Pablillos de Valladolid, el Niño de Vallecas, Calabacillas y el Primo, todos ellos seres únicos y graciosos que merecían ser immortalizados.

Del Rincón: En su época de madurez se nota gran soltura y el predominio del color sobre la línea.

Diego Velázquez: Sí, la práctica hizo que mi pincel lograra gran ligereza. Disfrutaba enormemente pintando *alla prima*, directamente y sin bocetos.

Del Rincón: ¿Por qué fue a Italia una segunda vez?

Diego Velázquez: Para retratar al Papa Inocencio X, a insistencia del rey Felipe IV. También pinté allí *La Venus del espejo*, uno de los pocos desnudos de la pintura española. En Génova conocí al genial Ribera, y a mi regreso realicé dos de mis mejores obras, *El triunfo de Baco*, que el vulgo tituló *Los borrachos*, y *La fragua de Vulcano*.

Del Rincón: Su obra maestra es, *Las Meninas*. Algunos la consideran la Teología de la pintura.

Diego Velázquez: Podría hablarle un día entero de ella, pero será en otra ocasión.

Aquellas nubes antropomórficas evolucionaron y se tornaron amenazantes. De súbito comenzó a llover a mares, así que salí corriendo para guacarme del meteoro, mas cuando miré hacia atrás mi contertulio había desaparecido. Juegos de la mente, tal vez. **G**

